





DEJARON SUS HUELLAS



José Manuel Zorrilla

# DEJARON SUS HUELLAS



Primera edición: noviembre de 2025

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© José Manuel Zorrilla

ISBN: 979-13-87909-56-7

ISBN digital: 979-13-87909-57-4

Depósito legal: M-24518-2025

Editorial Adarve

C/ Luis Vives, 9

28002 Madrid

[editorial@editorial-adarve.com](mailto:editorial@editorial-adarve.com)

[www.editorial-adarve.com](http://www.editorial-adarve.com)

Impreso en España

*Para Benito y Pablo, Marta e Isabel,  
Adela y don Francisco, Ponce y Nicolás,  
los entrañables personajes que caminan por estas páginas*





Caminante, son tus huellas  
el camino, y nada más;  
caminante, no hay camino  
se hace camino al andar.  
ANTONIO MACHADO

Somos etapa en la etapa  
de tantos, y huella en la vida  
de pocos.  
GARCILASO DE LA VEGA



## 1. Te lo juro

Lívido, con la cara descompuesta salió Benito del dormitorio donde agonizaba su abuelo, el mismo día de septiembre que aprobó las pruebas de acceso a la universidad. Le había hecho llamar a través de Adela, la madre de Pablillo, para revelar un secreto y hacerle jurar algo que no estaba seguro si iba a poder cumplir, pero a lo que tampoco se podía negar. «La palabra empeñada a un moribundo es sagrada», había oído decir en más de una ocasión.

Aquel juramento representaba una razón vital, una misión a la que debería dedicar todos sus desvelos y buena parte de su vida para cumplirlo. Sin embargo, en ese momento no supo medir el alcance del compromiso.

Durante el almuerzo, estuvo tan alicaído que apenas probó bocado. Sus padres pensaron que la visita a la alcoba del abuelo le había quitado el apetito y optaron por no agobiarlo. En realidad, estaba abstraído, calculando las consecuencias del juramento. De entrada, tendría que olvidarse de los planes de futuro que con tanta ilusión había acordado con su padre. Su vida empezó a tambalearse. Tenía la sensación de que el suelo que pisaba se movía bajo la suela de sus zapatos.

Cargado con el peso del abatimiento, fue arrastrando los pies hasta el bar donde, como cada tarde, le esperaban los amigos para echar la partida de dominó. No podía prestar atención a las fichas y, al final, le tocó pagar los cuatro cafés. Cuando acabaron, Pablillo se lo llevó a dar un paseo, camino de la Peña del Sombrero, para que le contara el motivo de su pesadumbre.

—Estoy muy preocupado —se quejó Benito—. Tengo que hacer una carrera universitaria.

—¡Ah!, ¿sí? —se extrañó Pablillo—. Me habías dicho que te ibas a quedar en el pueblo, que no querías estudiar más. ¿Es eso lo que te preocupa? Pues yo me alegro de que hayas cambiado de idea, es lo mejor que puedes hacer. Hoy día, todo el que tiene un título universitario consigue un buen trabajo. Para mí, estudiar una carrera sería como ganar el cielo, pero no sé si me van a dar la beca salario que he solicitado.

—Con las notas que has sacado, seguro que te la dan. Me dijiste que querías hacer Económicas. En Málaga ¿no? A mí, en cambio, el aprobado raspado solo me da para estudiar Derecho en el nuevo colegio universitario.

—Sí, me gustaría estudiar Económicas, pero en Madrid. Aunque la nota que piden allí es más alta, me alcanza. El problema es la beca. Conceden muy pocas y hay muchas solicitudes. No estoy seguro de que me la vayan a dar.

La palabra Madrid le sentó a Benito como un puñetazo en la boca del estómago. Si no entraba en sus planes la posibilidad de estudiar, mucho menos la de trasladarse a la capital de España, tan lejos de su tierra.

—¿En Madrid? ¿No es mejor estudiar en Málaga, más cerca del pueblo?

—El título de economista de la Complutense es mucho más importante. Si voy a estudiar una carrera, quiero que sea en el mejor sitio. Con Derecho pasa lo mismo. Un título de cualquier facultad de Madrid tiene más valor.

—Yo creo que da lo mismo donde obtengas el título. Lo importante es conseguir un buen trabajo y ejercer la profesión.

—No estoy de acuerdo, no es igual. En Madrid están los mejores catedráticos. Además, si estudias allí, conocerás a gente que luego te puede ayudar a encontrar trabajo. Hay muchas más oportunidades.

—¿Seguro? No se me había ocurrido la posibilidad de estudiar en Madrid, pero ahora que lo dices...

—Perdona, no era mi intención hacer que cambiaras tus planes. Solo te digo las ventajas. Si prefieres estudiar en Málaga, nadie te lo impide.

—Sí, tienes razón, la decisión es mía. Me lo pensaré. Bueno, nos vemos mañana.

—Vale, hasta luego.

Echó a andar sin norte, meditando su caótica situación. No tuvo ánimo de plantearle a Pablillo otro problema que le afectaba directamente. Lo dejaría para el día siguiente. Iba maldiciendo la hora en que entró en el dormitorio del abuelo. Se encontraba tan apenado, tan frágil, tan vulnerable delante de aquel anciano del que tanto había aprendido que no pudo negarle su último deseo y juró delante del crucifijo que cumpliría su santa voluntad. Se había comprometido ante el penúltimo suspiro del patriarca, con Adela como testigo, y ya no había marcha atrás.

Cargando con aquellos pensamientos, sus pasos descontrolados, por pura inercia, lo llevaron hasta el cortijo de su familia. Ni los saltos de alegría de los perros moviendo el rabo que salieron a su encuentro lograron sacarlo del ensimismamiento. Entró en las cuadras para despedirse con una caricia de los caballos que tantas veces había montado. Dijo adiós, en triste silencio, a las cabras, ovejas, vacas, cerdos y gallinas que en muchas ocasiones había alimentado. Terminó abrazando las ramas de los duraznos que él mismo había ayudado a plantar y el tronco retorcido del olivo milenario que enseñoreaba la loma, cerca del camino. Sabía que tardaría mucho tiempo en volver a verlos. Perdido el rumbo, con la misma imprecisión ambulante, salió de la finca y fue a parar al cobijo de una sombra, bajo las ramas del viejo algarrobo.

Antonio Ponce lo encontró solo y apenado, con la mirada perdida en el horizonte donde el sol rojizo del atardecer ofrecía los últimos rayos. La tristeza de su rostro reflejaba la abrumadora carga de una lucha interna sin resolver, un problema sin solución, un dilema insoportable o todo al mismo tiempo.

—Chavea, ¿te veo un poco apenado o son suposiciones mías?

El viejo cabrero solía elaborar los diálogos mediante preguntas. Prefería no expresar directamente sus ideas sino dejar que el interlocutor construyera su propio pensamiento a través de un sutil interrogatorio. Había sufrido las consecuencias de una antigua militancia y sus opiniones le podían acarrear muchos problemas.

—Eso quisiera yo, que solo fueran suposiciones tuyas —contestó Benito.

—¿Aliviarías esa amargura si te sinceras con este humilde pastor de cabras? —preguntó con cierta sorna.

—Quería estar solo para pensar, para resolver un problema que ha puesto patas arriba mis proyectos. Estoy atrapado en un laberinto sin salida. La verdad es que también quería encontrarme contigo para que me orientaras. Estaba esperándote, sé que a estas horas sueles pasar por aquí.

—Ya me cuesta orientar a mis cabras. No sé si podré hacerlo contigo, pero aquí me tienes. ¿Hay algo más valioso y que cueste menos que el consejo de un pobre cabrero?

—Mi abuelo se está muriendo. Me ha hecho una revelación sorprendente y, en contra de mi voluntad, me ha obligado a prometerle, a jurarle algo muy importante. Y no he podido negarme.

—¿Tan grave está don Francisco?

—Sí, está grave. El médico cree que tiene cáncer, pero hay que esperar unos días para ver si lo confirma el resultado de los análisis.

—¡Vaya! Esa enfermedad no respeta a nadie. ¿El cumplimiento del juramento es el que te tiene en ascuas? ¿A caso estás tentado de romper la palabra dada a tu abuelo?

—Sí que he estado tentado, pero ¿cómo voy a hacer eso? ¡Es que es mi abuelo! —recalcó con énfasis—. Sabes que soy su ojito derecho. Desde niño lo quiero con toda mi alma. Estoy agobiado por el juramento y también por la revelación que, en el fondo, son lo mismo. Para cumplir la promesa tengo que cambiar todos mis planes y lo que me ha confesado me ha dejado de piedra. Es su testamento vital y no puedo quebrantarlo por más que me pese.

—¿Crees que el mundo es como lo imaginas? —replicó Ponce con su retahíla de preguntas— ¿No observas que la naturaleza cambia para adaptarse? Cuando viene un vendaval, ¿quién resiste más, este algarrobo fuerte y rígido o esa humilde adelfa que se deja balancear? ¿Quién es más inteligente el que se opone o el que se acomoda? ¿Acaso tu problema es más grande que tú? ¿Has intentado mirar la situación desde otro punto de vista?

—¿Desde cuál? No te entiendo.

—¿No se te ha ocurrido ver ese conflicto, no como un inconveniente, sino como un reto?

—No puedo verlo de otra manera —se quejó Benito—. Mi abuelo me ha tendido una encerrona. Es una carga muy pesada. Si pudiera revelarte cuál es el problema, me darías la razón, pero es que tampoco puedo contarte más. Le tuve que prometer que no diría nada a nadie.

—¿Has tratado de visualizar la nueva situación a la que te lleva el juramento? —continuó Ponce— ¿Has indagado en todas sus posibilidades? ¿Has estudiado las derivaciones positivas que pueda tener? ¿Por qué no piensas en lo que ganarías, en las nuevas oportunidades que tendrías? Aparta los resentimientos de tu camino y cuando hagas ese ejercicio de meditación seria, pausada y reflexiva, vuelve por aquí. A lo mejor vienes con otro ánimo. ¿De acuerdo, chava?

No muy convencido, Benito se despidió del cabrero con el compromiso de pensar en la propuesta y volver. La charla no resolvió su problema, pero lo tranquilizó, le indujo a recapacitar y a abordarlo desde otra perspectiva. Contribuyó a relativizar la importancia de sus pesares y a explorar la mejor manera de adaptarse a la nueva situación. «¿Quién me mandaría a mí entrar en el dormitorio del abuelo?», seguía reprochándose. Pero ya no podía desandar el camino. Una vez más, se imponía la ley del incesante devenir. Su entorno había cambiado y le impulsaba a adaptarse.

Aunque de aquello nunca se hablaba, los más viejos del lugar sabían que el cabrero, Antonio Ponce, había sido en algún momen-

to el responsable local del Partido Comunista durante la República y que pudo escapar del paredón gracias a su intachable conducta, avalada por los principales del pueblo, pero estuvo algún tiempo en la cárcel. Allí aprovechó para leer y aprender de todos los libros que caían en sus manos. Aunque cumplió la pena, nadie le daba trabajo por el estigma de «rojo» que arrastraba. Se dedicó al pastoreo con unas cuantas cabras que le dejó un pariente hasta que pudo formar su propio rebaño. Vivía solo, como un ermitaño, al abrigo de una cueva cercana a un manantial, en lo que parecía tierra de nadie. Pasaba el tiempo con sus libros, sus cabras, sus perros y sus hierbas medicinales.

Algunos muchachos, por curiosidad, lo espiaban desde lejos pensando que era una especie de apestado, otros se acercaban con precaución para cruzar algún saludo circunstancial y muy pocos trababan conversación con él. Entre ellos, estaba Benito que nunca olvidaría los cuidados que le dispensó cuando era un niño. Recordaba cómo el cabrero lo encontró solo, temblando bajo el viejo algarrobo, tratando de resguardarse de una intensa tormenta. Estaba empapado, aterido y acongojado cuando Ponce cargó con él y lo llevó a su cueva. Allí lo calentó junto a la hoguera, le secó la ropa, le dio a beber un brebaje y le embadurnó el tórax con un emplasto de hierbas. El médico aseguró que, gracias a los cuidados del cabrero, el muchacho se había librado de una buena pulmonía o de algo peor.

Mientras caminaba, Benito iba pensando en las palabras de Ponce, decepcionado porque le indujo a pensar que podía aprovechar las hipotéticas oportunidades que se le presentarían, lo cual llevaba implícito que tenía que cumplir lo prometido a su abuelo. Creía que le iba a orientar hacia otra salida que, de alguna manera, sorteara el juramento. Tentado estuvo de esperar a que se muriera el viejo para deshacer el compromiso. Así, seguiría los deseos de su padre, que coincidían con los suyos, de quedarse en el pueblo y prepararse para administrar la hacienda cuando él se retirara. Odia-ba el estudio, no quería volver a vivir la pesadilla de los internados.



No se hacía a la idea de ir a la universidad y mucho menos a Madrid. Sin embargo, en el fondo, sabía que aquellos pensamientos no eran más que el resultado de una pataleta. Volvió a repasar los interrogantes que le planteó el cabrero, vio que no había otra solución y se fue conformando. El nuevo problema era cómo convencer a su padre de que ya no quería quedarse en el pueblo. «¿Con qué cara le planteo yo ahora eso?», pensó.

Temiendo la respuesta de su progenitor, dirigió su pensamiento hacia la intolerancia con que los adultos trataban las dudas infantiles y juveniles. Recordaba que cuando era niño, en su afán de saber, planteaba cuestiones inocentes que resultaban incómodas y recibía invariablemente la respuesta del dedo índice vertical haciendo una cruz con los labios, seguido de un sonido silbante. Cualquier pregunta, palabra o comentario que pudiera rozar siquiera la fina piel de lo instituido era cortada de raíz, sin dejar más opción que el silencio. Si se insistía, el siguiente paso era una fuerte reprimenda o un tortazo. Cuando llegó a la adolescencia, las contestaciones que tuvo que escuchar fueron más terminantes: «¡Porque lo digo yo!», «¡Porque no!» o «¡Porque sí!». Y asunto concluido, se acabó la discusión.

Benito solo conocía aquello que le habían enseñado su abuelo y sus padres en casa, el maestro en la escuela y el cura en la catequesis. Estaba convencido de que era lo correcto, lo mejor para él. El patriotismo, el culto al líder, la disciplina, el peso de la herencia, la estratificación social, la familia tradicional y la religión formaban parte indisoluble de su formación. Sin embargo, en ese ideario no encontraba respuestas a todas sus dudas. Sentía una pizca de inquietud que le impulsaba a dar un paso más, de tal manera que el dedo en los labios, lejos de ser un obstáculo, se había convertido en un reto para buscar con más fuerza las explicaciones que no le daba la familia ni el maestro ni el cura.

Era consciente de que fue el cabrero quien le abrió la ventana por la que podía observar el mundo de una manera distinta y le dedicó una sonrisa de agradecimiento mientras caminaba hacia la

casa grande. Ponce nunca se llevó el dedo a los labios ni le recriminó ninguna opinión o comentario. Al principio, se sentía desconcertado porque le respondía con interrogantes que le sacaban de quicio, cuando lo que iba buscando eran respuestas concretas, no acertijos. Se lo fue tomando como un duelo de preguntas contra preguntas que luego, en la quietud de la noche, iba hilando las posibles respuestas e ideando nuevas preguntas hasta obtener alguna conclusión.

Con el tiempo, acabó por entender la técnica del cabrero y descubrió que le ayudaba a encontrar por sí mismo esas respuestas que ansiaba, pero de una manera sutil y, a la larga, más convincente, sin aleccionamientos ni retóricas. Con esa forma de proceder adoptó, de manera natural, un método de indagación para descubrir la lógica de las cosas. No obtuvo respuestas específicas, sino algo que el tiempo le demostró que era mucho más valioso: la duda, la lógica y el razonamiento. Una técnica que le estimulaba la inteligencia y le ayudaba a acercarse mucho mejor a la realidad sin dogmatismos. «Viejo zorro, cuánto me has enseñado, cuánto he aprendido de ti», pensó.

Aprendió también a escuchar a los que no pensaban como él, a considerar que podían tener razón en algunos de sus planteamientos, aunque no los compartiera. Esa actitud le llevaba a no rechazar por sistema todo lo que no se ajustaba a sus convicciones. Otro de los caminos que le mostró el cabrero fue el del escepticismo ante aquello que se presentara como verdad absoluta, desprovista de evidencia racional. Con todo ese bagaje, Benito dejó de preguntar a la familia, al maestro o al cura y se dedicó a buscar sus propias respuestas a través de los caminos que le abría Ponce.

Regresó, por fin, a la casa grande con intención de hablar con su padre y lo encontró en su sillón, junto a la mesa camilla, muy atento a las noticias de la radio. Esperó sentado frente a los retratos que colgaban en la pared del fondo. Allí estaba el generalísimo Franco, cubierto con el capote de piel de armiño, franqueado por José Antonio Primo de Rivera, con su mirada triste y obtu-

sa, y Benito Mussolini, tocado con el gorro negro de fascista, mostrando su mandíbula prominente en actitud provocadora. Sabía la admiración que su abuelo sentía por el político italiano. Después, entretuvo la mirada en la multitud de objetos de valor que estaban colocados sobre los estantes, en el aparador y en las vitrinas, mezclados con insignias falangistas, símbolos fascistas, cruces gamadas, soldaditos de plomo y miniaturas de vehículos y aviones de combate. Nunca se había fijado tan detenidamente en aquellos objetos inconexos de todos los tamaños y distinta procedencia. La mayoría era de plata y otros metales, pero no faltaban los de porcelana fina ni los repujados de oro. Se distribuían al azar, de forma incoherente, como una ostentosa exhibición de riqueza en el escaparate de una tienda de lujo. Echaba de menos elementos decorativos que le sonaran a tradición familiar, a herencia de los abuelos, a recuerdos de un supuesto pasado ilustre. Algo que le hablara de un linaje distinguido que no veía por ninguna parte.

Tras oír la sintonía final del parte radiofónico, Benito se quedó mirando fijamente a su padre con intención de tantearlo.

—Tú quieres algo ¿verdad? —le preguntó don Pedro, adivinando su deseo, mientras apagaba la radio.

—Papá, ¿no te gustaría que siguiera estudiando? Podría hacer una carrera superior, como otros muchachos del pueblo. Lo he pensado mejor y...

—¿A qué viene esa estupidez? —lo interrumpió—. Has demostrado que estudiar no es lo tuyo. Habíamos acordado que ibas a hacer un curso de contabilidad que te sirviera para administrar la hacienda. Te pareció estupendo, saltabas de alegría. Pensaba que era un asunto resuelto. ¿Crees que con tu expediente puedes entrar en la universidad?

—Bueno, me han dicho que en la Facultad de Derecho de Madrid solo exigen un aprobado.

—¡Tú no estás bien! Derecho... Madrid... ¿Quién te ha metido esas ideas en la cabeza?

—Mi amigo Pablillo quiere estudiar Económicas en Madrid porque dice que allí están los mejores catedráticos y hay más salidas para los licenciados.

—¿Te ha dicho tu amigo cómo se lo va a costear?

—Ha solicitado una beca salario. Con las buenas notas que tiene, seguro que se la dan.

—No es tu caso.

—No, pero tú me lo podrías pagar ¿verdad? La carrera de Derecho tiene muchas salidas y dicen que no es tan difícil.

—Desde luego, con las notas que has venido sacando en matemáticas nunca llegarías a ingeniero, médico o arquitecto. Pero todo esto que me estás contando ¿a qué viene? Desengáñate, has perdido demasiado tiempo con los estudios y yo el dinero y la paciencia. No es que no valgas, es que eres un flojonazo. Nunca te lo has tomado en serio. Olvídate, te quedas aquí. Te enseñaré a llevar las tierras. Sabes que quiero que te hagas cargo cuando yo me retire. Eso es lo que tú mismo me propusiste ¿no?, pues ya está. Te quedas aquí porque sí, porque lo digo yo. No hay más que hablar.

Sabía que su padre tenía toda la razón. Si él mismo no estaba convencido, cómo iba a encontrar argumentos para persuadirle. Solo le quedaba el recurso de acudir a su madre para que intercediera.

Después de cenar, Benito se acercó dócilmente a doña Carmen que se entretenía haciendo punto, sentada en su mecedora favorita. Antes de que acabara de exponerle las razones de su deseo de estudiar en Madrid y los obstáculos que le ponía su padre, ella soltó las agujas, se quitó las gafas de presbicia y lo miró fijamente.

—Estudiarás en Madrid o donde haga falta. Eres un García, que no se te olvide. Nadie te lo va a impedir, ni siquiera tu padre. ¡Por encima de mi cadáver! ¿Me oyes? ¡Vamos, hasta ahí podíamos llegar! Tú, calladito. Déjalo de mi cuenta —concluyó, haciendo gala de su fuerte carácter resolutivo.

Con la contundente respuesta retumbándole en los oídos, Benito se retiró a su cuarto, satisfecho y guasón, imaginando la cara

que pondría su padre a la mañana siguiente. Más relajado, se metió en la cama y, a modo de nana nostálgica, repasó los recuerdos de su reciente paso por el colegio san José, de Campillos.

Aquel internado fue la última oportunidad que le dio su padre, después de que lo expulsaran de otros dos colegios durante el bachiller, el de los carmelitas de Antequera y el de los jesuitas de El Palo. Para Benito, supuso el equivalente al encierro en un penal. El objetivo era que saliera de allí con el bachiller y el curso preuniversitario aprobados, pero aquel régimen cuartelario, lejos de enderezarlo, le supuso una condena a la que no estaba dispuesto a someterse dócilmente. Desde el primer día, adoptó una actitud despectiva hacia los estudios e insensible a los castigos, aparentando que no le hacían mella. Se oponía visceralmente a unas sanciones que percibía como actos violentos e injustos, y se defendía con mutismo e indolencia. Sufrió incesantes correctivos, recriminaciones, castigos, visitas al despacho del jefe de estudios y requerimientos a sus padres. Lo que mejor aprendió en el colegio de Campillos fueron todas las pillerías imaginables que le enseñaban otros muchachos más díscolos y atrevidos que él. Fue aprobando a trompicones, pero no por méritos propios. Don Pedro debió emplearse a fondo, echando mano de ciertas influencias y prodigándose en dádivas para que no lo volvieran a expulsar.

Tumbado en la cama, Benito se regodeaba repasando aquellas vivencias de adolescente arisco en el internado y, como contraste, lo bien que se lo pasaba durante las vacaciones en el pueblo con la pandilla de amigos. Rescató uno de sus recuerdos más queridos, cuando el memorable verano del 70 tocaba a su fin con las primeras lloviznas de septiembre.

Poco antes de volver al colegio para empezar el curso preuniversitario, dos acontecimientos soliviantaron al grupo de amigos. Los días se acortaban y un difuso sentimiento de ansiedad envolvía el final de las vacaciones. Sonaban los primeros discos de los Beatles, cuando el Chao regresó de Alemania. Era uno de los miembros de la pandilla al que no veían desde junio. Había pasado el verano

trabajando en una estación de lavado de coches en Düsseldorf, con su padre que era emigrante. Traía un puñado de revistas donde se exponían sin tapujos unos cuerpos desnudos tan explícitos que no dejaban lugar a la imaginación.

La última semana, antes de regresar a los internados, los miembros de la pandilla descubrieron los más recónditos entresijos de la anatomía humana, tanto femenina como masculina. Cuerpos de todos los tamaños y colores se mostraban sin pudor, en actitudes insinuantes, provocativas e incluso depravadas, consumando todo tipo de actos sexuales en parejas, tríos o camas redondas. La copiosa exhibición pornográfica incrementó la fantasía sensual del grupo que se iba pasando de mano en mano tan estimulantes publicaciones. Aquellas imágenes fueron el mejor reclamo para facilitar las masturbaciones propias de los jóvenes. Ellos y ellas intercambiaban miradas insinuantes, sonrisas picaronas y comentarios irónicos sobre las formas y tamaños comparativos de las partes pudendas. Los más recatados se sonrojaban y los más descarados inventaban chistes o anécdotas sobre lo que habían descubierto en aquellas páginas. Ese verano, tanto chicos como chicas, tomaron lecciones aceleradas de fisiología íntima y acabaron más desinhibidos sobre un tema que todavía era tabú, gracias a las revistas vedadas que había traído el hijo del emigrante.

Recordaba Benito que, solo para los más cercanos, el Chao distribuyó varios ejemplares del *Libro rojo* de Mao, publicado por Ruedo Ibérico, la editorial parisina que divulgaba libros prohibidos en castellano. Todos sabían que la política era perseguida con mucho más ahínco que las exhibiciones eróticas. Lo mismo que las revistas, el libro pasaba de mano en mano con sumo cuidado y luego lo comentaban. Los que lo leyeron coincidían en que aquella obra estaba escrita exclusivamente para la mentalidad de los chinos porque nadie entendió gran cosa de lo que decía. Sin embargo, despertó el deseo de saber más y se puso en marcha otra actividad informativa que acabó por inculcarles cierta conciencia sociopolítica.

Con la complicidad tácita de algunos padres tolerantes, al anochecer, sacaban a la puerta de la casa un aparato de radio y lo colocaban sobre una silla, para que los amigos escucharan la clandestina Radio Pirenaica, que emitía desde Bucarest en onda corta, y pudieran conocer sin cortapisas las noticias que se censuraban en los medios informativos nacionales. Dos voluntarios se situaban, por turnos, uno en cada extremo de la calle para avisar con un silbido si se acercaba la pareja de la guardia civil, mientras los demás, con algunos adultos, escuchaban aquella emisora prohibida que difundía informaciones en exclusiva. La arriesgada osadía resultó efectiva y, aunque debió haber algún chivatazo, nunca los pillaron porque, después del silbido, alguien pulsaba la tecla de la onda media y al instante aparecía Radio Nacional.

Con estos recuerdos y una sonrisa socarrona, Benito logró conciliar el sueño. A la mañana siguiente, mientras desayunaba con la familia, se mostró respetuoso y agradecido cuando su padre le dijo que se lo había pensado mejor y que accedía a su deseo estudiar en Madrid, con la condición de que tenía que sacar un curso cada año, entre junio y septiembre. Le dejó muy claro que, si se veía obligado a repetir, se acabarían los estudios y tendría que regresar al pueblo. En silencio, dirigió una mirada cómplice de agradecimiento a su madre, mientras Isabel y Toñi, sus hermanas, le hacían bromas a cuento de cómo vendría hablando fino cuando volviera de vacaciones.

Tuvo que hacer de tripas corazón para mostrarse satisfecho porque, en el fondo, habría deseado que su padre no hubiese cambiado de opinión y le hubiera obligado a quedarse en el pueblo a toda costa. El deseo y el deber chocaban irremediablemente, pero se iba imponiendo lo segundo.

Salvado el primer obstáculo, Benito se centró en tratar de resolver el segundo, elaborando un plan para provocar el distanciamiento entre su hermana y Pablillo. Pensó que con Isabel podría emplear la autoridad del hermano mayor, y para su amigo inventaría alguna trola. Le parecía lo más adecuado.

Durante la partida de la tarde, con un semblante muy distinto al del día anterior, Benito miraba con más insistencia de lo normal a Pablillo que era su compañero de juego y lo tenía enfrente. Mientras movía las fichas, iba explorando cada rasgo de su cara, cada gesto o mueca en busca de algún indicio que confirmara lo que ya sabía. Cuando se detuvo en la mirada, le dio un vuelco el corazón. Aquellos ojos llevaban un sello inconfundible que no dejaba lugar a dudas. Y lo curioso era que nunca antes había reparado en tan clara evidencia.

Al salir del bar, esta vez fue Benito quien invitó a su amigo a dar un paseo porque lo notó muy preocupado.

—¿Por qué me mirabas con tanto descaro? No has apartado tus ojos de mí ni un instante. ¿Es que tengo monos en la cara? —le preguntó Pablillo.

—No, solo es que te veo raro. Parece como si hoy te hubiera tocado a ti estar deprimido. ¿Se puede saber qué te pasa? —replicó Benito, ocultando la verdad.

—Me han denegado la beca salario. Creo que no voy a poder estudiar —respondió, apenado.

—¡Venga ya! Con las notas que tienes es imposible.

—Esta misma mañana he recibido la carta.

—Pues ahora, en vez de venirme abajo, buscas otras ayudas, que las hay, infórmate. No vas a echar por tierra tus planes por esa puñetera beca. ¡Que se la metan por donde les quepa!

—Es que cualquier otra beca no me daría para vivir en Madrid. Lo he hablado con mi madre y me garantiza que ella pondrá lo que falte, pero no sé de dónde lo va a sacar.

—Seguro que sabe cómo hacerlo. Es una persona muy trabajadora y perseverante.

—Lo sé, pero no merezco que se sacrifique tanto por mí. Le faltarían horas al día para todo lo que tendría que trabajar si pretende ayudarme. De siete de la mañana a dos de la tarde está ocupada en tu casa; de cuatro a ocho, se va al lavadero cargada de ropa sucia; y por la noche, se deja la vista cosiendo vestidos de encargo. Apenas



duerme y, aun así, con lo poco que gana, solo nos da para vivir. Nos vestimos con la ropilla usada que nos regalan y comemos casi de la caridad. ¿Cuántos pantalones y camisas tuyas he gastado yo? ¿Cuántas veces he merendado en tu casa? Que conste que no os reprocho nada, todo lo contrario.

—Vamos, Pablillo. Olvida eso, somos amigos. Tu madre es como de mi familia y tú también. Deja que ella te ayude.

—Pero si solo tiene unos ahorrillos que no alcanzarían ni para el primer año. Quiero que los guarde para la vejez, no para que los gaste en mis estudios —razonó, sabiendo que contra la obstinación su madre nada podía hacer.

—Eres lo único que tiene. Tú mismo me lo has dicho, su mayor ilusión en la vida es darte una carrera. No la puedes defraudar. Si te lo ha prometido es que sabe cómo conseguirlo. Confía en ella.

—Eso hago, pero me siento culpable.

Benito dejó de abundar en el tema, porque sabía perfectamente cómo iba a conseguir el dinero Adela, pero no podía revelárselo, y le planteó el otro asunto por el que le había invitado a pasear.

—Pablillo, te voy a decir algo que te va a doler, pero es necesario que lo sepas. Tienes que dejar de bailar con Isabel antes de que vayáis a más. Olvidala, no vuelvas a hablar con ella. Es por tu bien, hazme caso —le avisó con toda seriedad.

—Pero ¿a qué viene eso? ¿Qué mal le he hecho yo a tu hermana? ¿Por qué te metes en nuestros asuntos? Dame una sola razón por la que tenga que dejar de relacionarme con Isabel —contestó airado.

—Sí, te voy a dar una razón y no es la más importante. Estás perdiendo el tiempo. Te vas a hacer daño y a ella, también. A Isabel le gusta una chica. Es homosexual, pero sabe disimular muy bien. ¡Ah!, de esto, ni una sola palabra a nadie y menos a ella. ¿Estamos?

Pablillo, atónito, se limitó a negar con la cabeza y a arrugar el entrecejo. Le era imposible creer una cosa así. Recordaba los rozamientos con las piernas de Isabel bajo la mesa cuando eran niños y el deleite sensual que desprendían sus cuerpos adolescen-

tes cuando bailaban pegados en el club. Nunca observó la menor mueca de desagrado ni el más mínimo rechazo. Si hubiera fingido, lo habría notado. A veces, era ella quien tomaba la iniciativa de rozarlo o de sacarlo a bailar. Le parecía imposible que no le gustaran los hombres. No es que estuviera enamorado, todavía no, pero se sentía atraído, estaba ilusionado y ella le correspondía. Pensaba que la llegada del amor solo era cuestión de tiempo.

—No puede ser. Imposible. Te lo estás inventando, Isabel no es lesbiana —replicó, desconcertado.

—Lo he visto con mis propios ojos. ¿Por qué crees que Juana viene casi todos los días a mi casa? Se encierran en su habitación y se meten mano. Si accede a tu coqueteo es para aparentar. ¿Qué pasaría si se supiera que es lesbiana? Piénsalo. Hasta ahora, he visto con buenos ojos vuestros bailes, pero hace unos días las descubrí en plena faena. No tengo la menor duda.

—De Juana me lo podría creer, parece un marimacho, pero de Isabel, imposible. ¿Estás seguro? Es que, si no fuera verdad, estarías cometiendo una grave calumnia contra tu propia hermana.

—Claro. ¿Cómo te iba a decir una cosa así si no estuviera seguro? Te lo advierto, tienes que alejarte de ella antes de que sea demasiado tarde. Te lo cuento en confianza, porque eres mi amigo y no quiero que te lleves una decepción. Vuelvo a repetirte que ni una palabra a nadie —le avisó levantando el dedo índice en tono amenazante.

Pablillo asintió, pero seguía sin creérselo. Lo conocía muy bien y pensaba que aquella advertencia, en el fondo, debía encerrar algo más que no le quería contar.

Benito y Pablillo eran amigos de toda la vida. Desde parvulitos, la maestra los sentaba juntos, como había dispuesto el abuelo. Cada tarde, cuando terminaba la clase, ambos corrían a la casa grande para devorar la succulenta merienda que había mandado preparar doña Carmen. Después, se quedaban jugando en el jardín, si el tiempo lo permitía, o sentados al brasero en invierno, con los juegos de mesa, hasta que Adela acababa las tareas e iba a bus-

car a su hijo. A él le gustaba que Isabel se uniera a sus pasatiempos. Cuando le acercaba con disimulo la pierna por debajo de la mesa para rozarle la suya, ella le correspondía con miradas cómplices y sin apartarla. A veces, hasta se tocaban con la mano.

Los dos chavales aprendían juntos y continuaron así en las siguientes etapas escolares. Los maestros siempre los colocaban en el mismo pupitre y ellos iban tejiendo una amistad tan sólida que resistió el paso del tiempo y las peores amenazas. Que Pablillo fuera más aplicado y sacara las mejores notas, no empañaba la admiración que sentía por Benito, mucho menos preocupado por los estudios. Al contrario, le ayudaba a hacer los deberes y le soplaba las respuestas en los exámenes.

Benito era alto, fuerte, extravertido, simpático, ocurrente y, sobre todo, un amigo leal, pero negado para los estudios. Sencillamente, no le interesaban. Sin embargo, se mostraba como un verdadero líder. Siempre defendía a Pablillo. Lo animaba a jugar, a abrirse a los demás niños y hacía lo imposible por romper su timidez.

Lo habían criado en la convicción de que era miembro de la familia más importante, el niño al que todos debían respetar. Desde pequeño, lo estaban preparando para que, en su día, fuera el sucesor que empuñara el cetro de mando. Tenía que ser el digno heredero de la saga de los García y eso debía mamarlo desde la cuna.

El abuelo se encargó de cuidar su forma física. Quería hacer de Benito el arquetipo del hombre nuevo que predicaban los ideólogos del régimen: un chico fuerte, vigoroso, arrogante y orgulloso. Muy pronto, le enseñó a disparar con la pistola y con la escopeta de caza. Contrató a un boxeador retirado para que le diera clases de gimnasia, natación y boxeo. Aprendió a montar a caballo y en bicicleta. Quería que supiera defenderse y creciera seguro de sí. Tanto hincapié hizo en la formación física de su nieto que el estudio quedó en segundo plano. Don Francisco era de la opinión de que para mandar no se necesitaban tantos libros sino autoridad y mano dura.

Ese era el carácter que quería inculcarle y lo estaba consiguiendo. No había hecho lo mismo con su hijo, don Pedro, que ahora era el cabeza de familia y estaba demasiado atareado con la administración de la hacienda, y sin tiempo para ocuparse de Benito. Cuando nació, le preguntaron a don Francisco el nombre quería que le pusieran a su primer nieto.

—Quiero que se llame Benito, como el insigne Duce italiano —respondió sin dudarlo—. El gran caudillo que guio a Italia hacia la grandeza de su pasado.

Doña Carmen, su madre, representaba el contrapunto. Desde muy pequeño, quiso transmitirle el gusto por la música con las delicadas nanas que extraía del piano para que se durmiera. Le contaba cuentos, le recitaba poemas y trató de introducirlo en el conocimiento del arte para despertar en él la imaginación, la sensibilidad y el deleite por la ficción. Sin embargo, muy a su pesar, vio que la educación recia y enérgica que le inculcaba el abuelo ganaba en casi todos los terrenos.

La mayor frustración de su madre era no haber podido contagiarle a Benito la afición por el estudio. Aunque nunca ejerció, doña Carmen era maestra y trató de encauzar a su hijo mayor por la senda de los libros de todas las maneras posibles, pero sintió que había fracasado. No encontró la fórmula mágica para que el niño rindiera en clase. En cambio, los mismos métodos aplicados a sus dos hermanas dieron unos resultados excelentes. Isabel era un ejemplo de tesón y amor propio, y sus notas destacaban siempre, mientras que Toñi, la pequeña, poseía una inteligencia natural que le hacía sobresalir por encima de sus compañeras.

Cuando Benito regresó a la casa grande, antes de cenar, fue directamente a la habitación de Isabel. Tenía prisa por resolver el conflicto. Vio que se filtraba luz por debajo de la puerta, dio unos golpes y abrió sin esperar respuesta.

—Benito, bonito, así que te vas a estudiar a Madrid. ¡Qué envidia me das! Estarás contento ¿no? —dijo Isabel a modo de saludo.

—Bueno, es normal. Un tío listo como yo se lo merece. No como tú que eres una pringada, todo el día ahí empollando para nada —bromeó.

Lejos de parecerse a su hermano, con tres años menos, Isabel era ordenada y constante. Las muchas horas que dedicaba al estudio se veían recompensadas por unas calificaciones excelentes que sus padres ensalzaban frente al repertorio de suspensos de Benito. Era testaruda, eficiente y muy temperamental, como su madre. No se mordía la lengua fácilmente.

—¡Qué cara más dura tienes! Anda, siéntate y cuéntame.

—No me hace ninguna gracia tener que irme del pueblo. Bastante tiempo me han tenido encerrado en Campillos.

—Pero, hombre, en Madrid vas a tener toda la libertad del mundo. Ya oíste a papá, si vas aprobando, no tendrás problemas. Por cierto, no me has dicho qué carrera vas a estudiar.

—Eso es lo de menos. Todas me dan igual. Voy a hacer la única que permiten mis notas: Derecho. Lo malo precisamente es que tendré que estudiar. Y mucho. ¡Maldita la gracia!

—No, si te parece vas a estar rascándote la barriga como hasta ahora. ¡A ver cuándo espabilas! Oye, me gusta la idea de tener un hermano picapleitos. Debes alegrarte. Cualquier cosa mejor que pudrirte en este pueblo asqueroso.

—Pablillo también se va a Madrid. Quiere estudiar Económicas. ¿No te lo ha dicho?

—Sí, pero lo último que sé es que le han denegado la beca y está muy preocupado.

—Tienes que cortar con él —zanjó Benito, cambiando bruscamente de tema.

—Pero ¿qué dices? ¡Vete a la mierda! ¿Quién eres tú para darme órdenes? Lo primero, que no hay nada que cortar y lo segundo, que no es asunto tuyo. Estás de broma ¿verdad? —saltó Isabel como si le hubieran pulsado el resorte de la furia.

—No, no estoy de broma. Soy tu hermano mayor y no admito discusiones. Algún día lo entenderás y agradecerás mi advertencia.

No voy a aclararte nada más. Limitate a cortar la relación o lo que tengáis entre manos. Es por tu bien, créeme.

—Dime, ¿por qué ese interés en distanciarme de Pablillo? ¿No quieres que baile con él porque es de una familia pobre? Pues te aseguro que es mucho más inteligente y más hombre que todos tus otros amigos, que lo sepas.

Benito cambió el gesto. Se levantó, se puso serio y, adoptando el papel de hermano autoritario, la fulminó con la mirada.

—Ya está bien. Deja inmediatamente lo que tengas con Pablillo o te arrepentirás. Si no, será papá quien te lo diga de otra manera. Bien sabes cómo se las gasta.

Sin esperar respuesta, Benito salió y cerró de un portazo. Isabel no tuvo tiempo de volver a reaccionar. Apretó los puños enrabietada y dejó escapar un par de lagrimones que relamió cuando tocaron la comisura de los labios. «Malditos sean mi hermano y mi padre, no me van a separar de Pablillo, no se saldrán con la suya», se dijo en lo más íntimo de su herido orgullo.

\*\*\*

Tímido, delgado y bajito, Pablo era el más aplicado de la escuela. Todos lo conocían como «Pablillo el de la viuda». Adela, su madre, se desvivía para que hiciera los deberes y estudiara la lección cada día. Le inculcaba la importancia del esfuerzo y la necesidad de sacar buenas notas para que un día pudiera hacer una carrera. Con ese objetivo, educó a su hijo que creció convencido de que solo los libros podían sacarlo de la pobreza. A pesar de haber hecho el bachiller estudiando en casa y examinándose por libre en el instituto de Vélez-Málaga, en su expediente académico ninguna nota bajaba del sobresaliente.

Nació en una familia humilde, al borde de la indigencia. Su padre murió cuando solo tenía cuatro años. Su abuelo y sus dos tíos se marcharon a Alemania y no volvió a saber nada de ellos. Se crio con su madre y con su abuela, que también murió poco después.

Ambas trabajaban en el servicio doméstico de la casa grande, donde tantas veces iba a merendar y a jugar con su amigo Benito. Allí las veía fregando suelos, limpiando el polvo, haciendo las camas y deslomándose para conseguir un sueldo mísero, mientras que los dueños vivían a cuerpo de rey. Pero lejos de albergar sentimientos de envidia hacia los García por aquella situación, Pablillo les agradecía que les dieran trabajo para poder llevar algo de dinero a casa y también que a él lo atendieran con tanto afecto.

Siendo muy pequeños, en la temporada de las canicas, Benito apareció en la plaza el primer día con su taleguilla llena de bolas de cristal coloreadas haciendo gala de una afinada puntería. Cuando Pablillo sacó las suyas de barro cocido, los otros niños se mofaron y lo miraron con cara de lástima. Durante el juego del gua, Benito se las ingenió para ganarle seis canicas de barro a Pablillo y dejarse ganar por él otras seis de las suyas. Acabada la partida, ambos se echaron la mano por el hombro y se fueron con sus taleguillas, felices de haber compartido las bolas, mientras los demás se tragaban las burlas. Fue un gesto memorable que ninguno de los dos olvidaría.

Mucho menos olvidarían el accidente en el que Pablillo casi pierde la vida. Un tórrido día de verano, varios amigos bajaron al río para bañarse en una poza. La corriente bajaba con fuerza y provocaba remolinos. Cuando empezaron a salir, después de nadar un buen rato, vieron que Pablillo subía y bajaba de la superficie del agua haciendo gestos desesperados. Un calambre le agarrotaba la pierna derecha y el fuerte torbellino le impedía salir. Sacaba la cabeza a la superficie, daba manotazos, lanzaba gritos de auxilio y volvía a hundirse.

En cuanto Benito se dio cuenta de lo que le pasaba, se tiró al agua y buceó hábilmente hasta que pudo agarrar a su amigo de un brazo y subirlo a la superficie. Lo puso bocarriba, lo sujetó por las axilas y, de espaldas, con fuertes movimientos de las piernas, logró sacarlo del remolino y lo arrastró hasta la orilla. Pablillo, casi asfixiado, tosía, vomitaba el agua que había tragado y recuperaba

el resuello. Cuando pasó el susto, los demás muchachos le dieron palmadas de felicitación a Benito por la hazaña y ánimos a Pablillo para que se recuperara. Unas cabras que andaban ramoneando por allí cerca y los perros que las guardaban fueron mudos testigos de la gesta.

Aquel episodio lo recordaría Pablillo como uno de los más angustiosos de su vida y, desde entonces, su agradecimiento a Benito se situaba por encima de todo lo demás.

\*\*\*

Al atardecer del día siguiente, agobiado con sus problemas, Benito volvió al pie del viejo algarrobo. La brisa húmeda que le refrescaba las mejillas anunciaba la inminencia de una borrasca amenazante que se dibujaba sobre los cerros del horizonte.

—Chavea, ¿me estás esperando? —le preguntó Antonio Ponce cuando regresaba con sus cabras.

—Sí.

—Veo que estás otra vez preocupado. ¿Te puedo ayudar?

—Bueno.

—Vamos a la cueva. Date prisa, no querrás que nos pille el aguacero.

Benito le siguió cabizbajo y entró en la cueva mientras el cabrero encerraba el rebaño y empezaban a caer las primeras gotas de lluvia.

—¿Me vas a decir lo que te pasa? —le apremió Ponce.

Al abrigo de la gruta, Benito se dispuso a contarle al cabrero el motivo de su pesadumbre. No era solo el problema del juramento que le prestó a su abuelo o el dilema de estudiar en Madrid lo que le preocupaba esta vez. Los recientes desencuentros habían alimentado un sentimiento de culpa que lo estaba agobiando. Esos conflictos, más el cóctel de hormonas que se agitaba en su adolescente cerebro, le habían llevado a un estado emocional desconcertante que no sabía cómo manejar y volvió en busca de las reconfortantes preguntas del cabrero.



—He sido siempre un pasota, un indiferente, nunca me he tomado nada en serio, ni los estudios ni las relaciones con la gente, pero ahora, cuando me pongo formal, lo hecho todo a perder. Me he enfrentado con mi padre y me he peleado con mi amigo Pablillo y con mi hermana. Estoy hecho un lío. No me entiendo con nadie y eso me preocupa. Me gustaría enmendarme, ser de otra manera. ¿Tú crees que las personas podemos cambiar?

—Yo también tuve algún problema de ese tipo y suele coincidir con la enfermedad de la juventud. El remedio me lo dio mi abuela. En vez de preguntas, esta vez vas a oír la fábula del Tejo Mágico que me contó en aquella ocasión, cuando yo tenía más o menos tu edad. A ella se la había contado su madre y así sucesivamente hacia atrás. Yo no tengo esposa ni hijos y para que no se pierda la tradición te la voy a contar a ti. ¡Atento!

»Tomasín era un adolescente, como tú —empezó narrando Ponce—. No estaba conforme con su manera de ser. Sus padres le recriminaban su carácter egoísta, su falta de altruismo. Era muy avaro, todo lo quería para él, no sabía compartir con los demás, no ayudaba a nadie. Se mostraba desconfiado y pegaba a los muchachos que le llevaban la contraria. Con mucho tacto, su abuela le dijo que así nunca tendría amigos, que crecería solo y nadie querría juntarse con él.

»Un día lo encontró muy apenado. El joven le confesó que ya empezaba a sufrir las consecuencias que le había anunciado, que los amigos lo rechazaban y que quería cambiar para que volvieran a jugar con él.

»—Si quieres cambiar, tienes que desearlo con todas tus fuerzas y buscar los arillos del tejo mágico —dijo la abuela.

»—¿Dónde está ese tejo mágico? —preguntó el joven.

»La abuela señaló la imponente montaña por donde salía el sol cada mañana y que en invierno se vestía de blanco.

»—¿Ves aquel monte? Allí está el tejo mágico, el árbol sagrado de los celtas que conserva poderes ocultos. Con su madera, recia y flexible, aquellos guerreros hacían los mejores arcos de caza. Para

encontrarlo, tienes que subir en otoño, cuando las primeras nieves se posan sobre la cumbre y los arilos rojos y escarlatas brillan a la luz del sol. Por si no lo sabes, el arilo es la escama carnosa, parecida a una baya, que cubre la semilla de los tejos —explicó la vieja.

»—¿Cómo puedo distinguir ese tejo mágico de los demás?

»—Está cerca del camino que lleva a la cumbre, al pie de un collado, junto a un remanso. Es el más grande de todos, el más recio, el que produce más bayas. Dicen que tiene más de mil años. Comerás solo los arilos, pero desecharás las semillas que guardan en su interior. Son muy venenosas, lo mismo que las hojas, las ramas y la corteza del tronco. Ni las toques. Contienen un veneno que paraliza el corazón. Te tienes que poner debajo de su ramaje y desear fuertemente que cambie tu forma de ser. Con mucho cuidado, extiendes tu saco de dormir y pasas allí la noche. Al amanecer, recoges tus cosas, comes más arilos y echas suficientes para el camino de regreso.

»—Pero, abuela, yo no puedo ir solo, me perdería.

»—El camino está señalizado con unas flechas amarillas. Si prestas atención no te perderás. Sin embargo, tienes que ir con cuidado, es muy abrupto y escarpado, está lleno de socavones y grietas, te puedes caer y hacerte daño. Debes ir bien pertrechado con unas buenas botas y una mochila; ropa de abrigo, que en la montaña hace mucho frío; una cantimplora llena de agua; el saco de dormir; una navaja; vendas y desinfectante; un cayado; y un silbato, para avisar si te extravías o te lesionas. Pero nada de comida, solo puedes comer los arilos. Te encontrarás con gente que hace la misma ruta hacia la cumbre para recoger hielo de los neveros. Unos irán y otros regresarán. Acepta la ayuda de quien te la ofrezca y asiste a todo el que lo necesite. Cuando regreses, habrás notado un cambio en tu personalidad y tus amigos también lo apreciarán. Serás otro. Los arilos del tejo mágico habrán hecho el milagro pero, que no se te olvide, no puedes tocar el árbol, solo comer las bayas y desechar las semillas.

»Tomasín volvió cojeando, con una herida vendada en la pierna, un brazo en cabestrillo y magulladuras por todo el cuerpo, pero

muy contento. Tenía agujetas en los músculos y ampollas en los pies, sin embargo, se sentía eufórico porque había probado la pócima que le hizo cambiar de actitud ante la vida y, agradecido, le llevó a su abuela un ramo de flores silvestres que había recogido en la montaña.

Benito no llegó a captar la moraleja en aquel momento. No sabía por qué se había lesionado el muchacho y le parecía una broma que por comer unos simples arilos pudiera cambiar el carácter de una persona. Pensó que la fábula estaba incompleta, que el cabrero había dejado algo en suspenso para que él lo completara, siguiendo la misma táctica que con las preguntas. Cuando pasó el chaparrón, salió de la cueva cabizbajo meditando sobre el enigmático significado de aquel cuento.

El cabrero había logrado distraer los pensamientos nocivos de su joven amigo, dejándole la mente ocupada en descifrar la fábula. Confiaba en que poco a poco también extrajera una lección de vida. Era hora de cenar y Benito se fue a casa reflexionando. Tenía que empezar a preparar la maleta para el viaje a Madrid.

